

Fernando Ugeda

CANCIÓN DE AMOR PARA UN MONSTRUO



olélibros

NOVELA

CANCIÓN DE AMOR PARA UN MONSTRUO

Fernando Ugeda Calabuig

olélibros



CANCIÓN DE AMOR PARA UN MONSTRUO

© Fernando Ugeda Calabuig

© de esta edición: Olé Libros, 2022

En colaboración con la Agencia Literaria Susana Alfonso.

ISBN: 978-84-18759-80-2

Producción del ePub: booqlab

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Las solicitudes para la obtención de dicha autorización total o parcial deben dirigirse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos).

KALOSINI, S. L.
Grupo editorial **olélibros**
equipo@olelibros.com
www.olelibros.com

*A Fernando y María,
mis dos canciones de amor.*

I

— Surco aguas de púrpura intenso a bordo de un barco de vapor. En las márgenes del río la espesura luce un verde refulgente agujoneado por los rayos de un sol que todavía se despereza bostezando. Contemplo el bosque desde cubierta mientras la brisa me acaricia con su guante. Araño con mis dedos la gasa invisible del aire trazando cicatrices que el viento sutura al instante. La luz reverbera en la leontina de oro que cuelga de mi chaleco, las manecillas del reloj detuvieron su andadura al inicio del viaje. Por fin, a lo lejos, diviso la solitaria ensenada, con su aspecto de dama triste a la espera de su amado. Me descubro y agito mi canotier a modo de saludo; mas nadie responde, solo el viento, que con un soplo se lleva mi sombrero. La embarcación atraca en el muelle, me sorprende descubrir que soy el único pasajero. Abandono el barco deprisa y al saltar del amarradero escucho el quejido de la madera resentida por mi peso. La soledad me embarga, no esperaba este recibimiento. Dejo a mi espalda el torrente de la vida y me adentro en la jungla esmeralda atendiendo a la persuasiva voz de mi instinto. Mis botines de cordobán se hunden en la hierba, el cuero se perla de rocío. Encauzo mis pasos por lo que parece un sendero y la vereda me conduce hasta un claro en cuyo centro distingo un agujero. Ralentizo mis pies, me acerco al borde del hoyo y mi vista cae en picado hasta chocar contra un féretro sobre cuya tapa yace una rosa blanca que descuella igual que un relámpago en mitad de un aguacero. De pronto, una sombra me asalta por detrás, cubre mis ojos con manos de finos dedos al tiempo que lanza una risa de puro divertimento. «Adivina quién soy», lanza en tono resuelto. Me giro con prudencia y descubro a mi esposa tal y como ella vive en mi recuerdo, con la sonrisa limpia y la mirada reconfortante, repleta siempre de buenos augurios. Extiendo mi brazo y aparto de su rostro unas greñas rebeldes de pelo negro. La ciño por la cintura sin decir palabra y sacio mi sed en su boca con la vehemencia propia de

tiempos vencidos y arcanos. El almíbar de su saliva me procura una paz que estalla y me inunda por dentro. El pasado está muerto, atrás quedaron noches en vela, el doloroso vacío que su cuerpo ausente generaba en mi lecho, el largo y duro periplo del destierro. Al fin soy feliz de nuevo; mas no por hallar a mi amada tan viva como yo, sino por estar yo tan difunto como ella.

—¿Cómo interpreta el hecho de que en su sueño recurrente vista usted una indumentaria de otra época?

—Dígame usted, para algo es el loquero.

—Mi labor como psiquiatra consiste en intentar descifrar los turbios mensajes que le envía su subconsciente. Y a mi modo de entender, yo diría que su fantasía onírica nos indica con claridad la forma en que usted se ve a sí mismo: como un hombre atildado, prendado de cierto toque romántico, bajo el influjo de convencionalismos propios de un tiempo pretérito. Con esto no pretendo decir que sea usted un hombre anticuado, le ruego que no me malinterprete, solo insinúo que quizá todavía permanezca indeleble en usted la huella de ciertos valores morales, o tal vez cívicos y sociales, que los nuevos tiempos han relegado al desuso, incluso es posible que al olvido. ¿Me equivoco?

—Asusta pensar que un hombre tendido en un diván pueda llegar a ser un libro abierto.

El doctor esbozó una sonrisa complaciente.

—La figura del diván es un anacronismo que todavía mantienen vivo algunos esnobs, en mi opinión un simple atrezo pasado de moda. Nosotros estamos sentados el uno frente al otro, mirándonos a la cara, así puede ver que le presto atención, que no me duermo mientras me habla, tal como hacen otros colegas de profesión. Por otro lado, y aunque resulte obvio decirlo, me gusta hacer hincapié en mi profesionalidad. Procuro ser eficiente en mi trabajo y detesto los fracasos, por lo que sería beneficioso para ambos que a lo largo de las sesiones que hoy dan comienzo intentara librarse de la coraza con la que todo ser humano se protege en cierta medida. A partir de ahora ha de ver estas cuatro paredes como los muros de un convento. Cuanto usted me confíe será tomado como secreto de confesión. Para su tranquilidad le diré que no estoy obligado a revelarlo ni siquiera ante un juez. Por otra parte, no se le ocurra pensar que resulta fácil escandalizarme. En los años que llevo ejerciendo mi

carrera he escuchado de todo, así que aparte a un lado el pudor, exprese sin reparos y sea sincero. Dígame: cuando se mira al espejo, ¿qué es lo que ve?

—Contemplo a un ángel vengador.

—Me desconcierta usted.

—Hace tiempo se libró una feroz lucha en mi interior, conflicto que propició que mi ser se desdoblara en dos personalidades opuestas. Una de ellas era comprensiva, indulgente, me atrevería a decir que hasta piadosa. La otra era su antagonista, un rival que reclamaba sangre para mantenerse en pie, que demandaba el inicio de cruentas hostilidades. Hasta hace un par de días mantuve a raya a ambos contrincantes; pero anteayer, al levantarme y mirarme al espejo, percibí con claridad que un rictus de crueldad había colonizado mi rostro. Al instante supe que un germen de maldad había devorado los valerosos restos de humanidad que hasta entonces resistían en mis adentros. Mis defensas habían perecido, habían sido aniquiladas. Aun a riesgo de parecer dramático en exceso, le aseguro que pude sentir cómo la bestia se deleitaba rosigando las migajas de cada sabroso bocado. Ya no soy dueño de mis actos. Por eso estoy aquí, esperando en que usted pueda dilucidar a qué puedo achacar mi instinto asesino.

—¿Siente ganas de matar? —El psiquiatra se rebulló en su asiento y se aclaró la voz.

—Ganas es una palabra que apenas describe el grado de mi ansiedad. Imagine a una mujer bella, provocadora, que despliega el abanico de sus piernas ofreciéndole la humedad de un sexo que exige toda clase de atenciones. Aun sabiendo con certeza que ese coño es la puerta de un abismo, resulta imposible sustraerse de semejante atracción. Poco importa que se precie de ser un hombre cabal, porque su voluntad acaba de derretirse como mantequilla sobre pan caliente. Su libre albedrío ha fallecido ahogado en el mar de la lubricidad. Ahora no es más que un pelele sin arrestos ni criterio, un rehén indefenso ante el pirata que ha abordado su navío. Su instinto lleva las riendas y no piensa soltarlas de momento.

—Reconozco que sus descripciones son gráficas y sugerentes. Déjeme adivinar, ¿es usted escritor?

—¿Acaso importa?

—Algunas personas, de manera inadvertida, en ocasiones sufren un proceso de mimetismo que les conduce a adoptar como propios comportamientos ajenos. A los actores les sucede con frecuencia. Supongo que le sonará la manida frase de que no hay que llevarse el personaje a casa, y mucho menos cuando interpretas a un psicópata.

—No consigo ver qué relación puede tener conmigo.

—Un escritor se proyecta en sus personajes.

—¿Insinúa que Ian Fleming se creía James Bond?

—Ni por asomo es esa mi intención. Tan solo expongo la idea de que un escritor, víctima de un trastorno esquizofrénico, podría llegar a confundir ficción con realidad. Le aseguro que se han dado casos.

—Lamento desilusionarle, pero no soy escritor.

—Abogado quizá...

—Sospecho que lidiar con usted va a ser una tarea ardua, ¿verdad, doctor? Me alegra descubrir que he llamado a la puerta adecuada.

—Me lo tomaré como un halago. —El doctor enarboló de nuevo su ensayada sonrisa—. De todos modos, nuestra relación ha de basarse en la cooperación, no en la confrontación. Dicho concepto ha de quedarle claro desde el primer momento, ¿de acuerdo?

—Descuide.

—Magnífico. En lo que respecta a la forma en que usted se ve a sí mismo, me gustaría profundizar en ese ángel vengador con inclinaciones homicidas que ve usted al mirarse en el espejo. Por supuesto, descarto de manera categórica el trastorno dismórfico corporal —el doctor, con tal de darse empaque, con bastante frecuencia solía apuntar el nombre de alguna enfermedad mental que por norma no venía al caso—, y del mismo modo doy por sentado que cuando usted utiliza expresiones relacionadas con su instinto asesino lo hace en sentido figurado.

—Se equivoca, doctor; utilizo las palabras como si fueran el bisturí de un cirujano, midiéndolas al milímetro, escogiéndolas con cuidado, en su significado más literal. Pero puede estar tranquilo; mi mente ahora es un campo de batalla en silencio, un pudridero donde la carroña celebra el festín de

la carne. Como ya le dije, el combate librado entre el Bien y el Mal ha tocado a su fin, aunque dudo mucho que sea paz lo que reine en mi interior.

—Lo valoraré como un buen comienzo. Descartar la idea de asesinar a un ser humano representa un signo evidente de equilibrio mental.

—Temo haberle confundido, doctor. No he aplacado mis ansias de matar. Al contrario, he decidido no reprimirme ante ellas.

II

Berta Galbis iba para niña bien justo cuando el destino torció sus planes. Procedía de una familia acaudalada, muy dada a la pompa y los golpes de pecho, de manera que su padre trazó para ella una ruta segura y sin cambios de viento. Según los sesudos planes de Camilo Galbis, santo varón y afamado banquero, su hija cursaría sus primeros estudios en colegio de carmelitas, donde aprendería los preceptos de la fe cristiana bajo la prudente orientación de las religiosas. Desde su católico punto de vista, adquirir una sólida formación académica no podía devenir de ningún modo en el analfabetismo del alma y Camilo estaba convencido de que Berta obtendría magníficas calificaciones en las materias relativas al espíritu, las cuales prorrataría con los sobresalientes conseguidos en el resto de asignaturas. Y, por supuesto, todo ello haciendo gala de una conducta intachable. No albergaba duda alguna. Tres cuartos de lo mismo ocurriría a lo largo del bachillerato e ídem en la universidad. Luego un máster en Estados Unidos pondría el broche de oro a una brillante y modélica carrera de Económicas que, aparte de refrendar la enorme valía de Berta, certificaría el talento que su padre poseía a la hora de ejercer de visionario. *¡Touchdown!* Sí, Camilo avivaba con intensas chupadas el ascua del habano y en las vaporosas bocanadas de humo blanco veía con nitidez la esbelta figura de su hija, con toga, birrete y diploma bajo el brazo. La recreación imaginaria del hipotético futuro de Berta henchía de orgullo el pecho del banquero sacando a relucir una vena sentimental que disgustaba sin ambages a su esposa, quien entendía que un hombre hecho y derecho debía ser ajeno a dengues y sensiblerías que dañaban seriamente su proverbial imagen de hombre impertérito. Y la imagen lo era todo en los tiempos que corrían. Mucho más lo sería en los tiempos venideros, época de transición, de abrir las ventanas y dejar que soplaran vientos nuevos.

—Qué blando me has salido, Camilo, con lo insensible que me parecías cuando nos hicimos novios. Si los miembros de tu Consejo de Administración te vieran por un agujerito... Hasta el bedel del banco te faltaría al respeto. Y mira que te lo digo por tu bien. El dinero no debe mostrar dudas ni signos de flaqueza. Tú, mejor que nadie, deberías saber que no hay nada más asustadizo que el capital.

—Serán cosas de la edad, o que no tengo el corazón de piedra —se excusaba limpiándose la lagrimita con el dorso de la mano—. Pero puedes estar tranquila, el corazón no se usa en los negocios. Además, en estas películas que dan los domingos en horario vespertino se refuerza el drama con la clara intención de provocar el llanto del telespectador. Te aseguro que lo tienen bastante estudiado.

—Pues conmigo no les funciona.

—Mejor me callo.

Para terminar de colorear su universo imaginario, el banquero conjeturaba que merced a su influencia, llegado el momento, la empresa privada recibiría a Berta con los brazos abiertos. El mundo de los negocios se rige por un código de reciprocidad no escrito y a Camilo le faltaban dedos en las manos para poder contar la cifra de destacados empresarios que le debían favores. *Quid pro quo*, lo que en el mundo de los negocios se traducía como «yo rasco tu espalda y tú rascas la mía». Qué bien pintaba el futuro de Berta, a salvo de carambolas y malandanzas. Lástima que el hado, irreverente y travieso, tuviera algo que objetar a tan juicioso plan.

Berta, de niña, detestaba los vestiditos rosa, las trenzas de pelo y el estoico pelotón de muñecas de porcelana que cada noche velaba su sueño. Una docena de ojos de cristal, mofletes encarnados y sonrisas congeladas custodiaban su dormitorio con el gesto pétreo de severos guardianes de la noche. Y para colmo ella sin una sola arma con que defenderse en el supuesto caso de que aquellos monstruos inanimados cobrasen vida de improviso poseídos por el espíritu de un desalmado. Para más inri, el asunto solía empeorar por Navidad, pues por norma su carta a los Reyes Magos, redactada con minuciosidad y pulcra caligrafía, no solía ser bien interpretada por ninguno de los tres magos de oriente.

—Ha sido cosa de Gaspar, ¿verdad? —preguntaba Berta, cruzada de brazos en mitad del salón, con el ceño fruncido y el pescuezo estirado, señalando con la barbilla en dirección a la imponente casa de muñecas que le habían dejado junto al árbol de Navidad.

—Y qué más da —respondía su madre con serenidad tratando de restarle importancia al drama—. La verdad, Bertita, por mucho que lo quiera no consigo entenderte. Esa casa de muñecas es la envidia de cualquier niña y tú, en vez de estar agradecida, solo piensas en quejarte al rey Gaspar. Al final los reyes van a pensar que eres una desagradecida. Dime, ¿es eso lo que quieres? Porque te advierto que sus majestades, aunque tienen un corazón de oro, también tienen su pequeño amor propio y agraviarlos no te beneficia en absoluto.

—Quiero presentar una queja por escrito —esgrimía la niña sin deshacer ni un ápice su postura colmada de indignación.

—Mira, me río por no llorar —soltaba su madre haciendo un esfuerzo ímprobo por contener la carcajada.

—Sí, eso, encima riéte.

—Hija, no me río de ti, tan solo me hace gracia porque lo tuyo es un despropósito mayúsculo. No pretendo ser agorera; pero te advierto que con esa actitud solo conseguirás que al año que viene te traigan carbón.

—Pedí un coche de policía y lo subrayé con rotulador rojo para que no hubiera ninguna duda. Si al menos me hubieran dejado un par de pistolas y unas cartucheras de *El virginiano*...

—Pues habla con tu padre y que contrate a un abogado para pleitear contra los Reyes Magos. Fin del asunto.

Lo que en realidad hacía disfrutar a Berta era jugar a policías y ladrones. En su baúl de los juguetes poseía un arsenal compuesto en su mayor parte por pistolas de agua que solía prestar a otros niños para formar los dos bandos. Y nunca se equivocó en el reparto de papeles, ella siempre elegía estar del lado de la ley.

—Jugaremos a indios y vaqueros —le decía su primo Héctor—. Tú eres una niña, así que harás de prisionera. Cuando los apaches estén a punto de matarte, los vaqueros vendrán a liberarte.

—¡Jo, yo quiero ser un comanche! —se quejaba su primo Gabriel dando pataditas en el suelo.

—De eso nada —replicaba Berta con voz de mando—. Las pistolas son mías y yo decido que jugaremos a policías y ladrones. Por cierto, yo soy policía, así que ya puedes correr más rápido que el Coyote persiguiendo al Correcaminos, porque pienso meterte entre rejas.

Berta era un azogue, una perseguidora correosa que batallaba con denuedo en pos de la justicia. Tenía dotes de líder, mente inquieta y una sonrisa seductora que jamás se desvanecía pese a correr de principio a fin del juego sin dar excesivas muestras de cansancio. Menudo resuello, ni Mariano Haro. Y qué decir de su perseverancia y su elegante zancada de gacela... A Camilo le gustaba seguir con la vista las evoluciones de su adorada hija, una niña que, más que para mantilla y peineta, iba para torero. Sin embargo, el patriarca torcía el gesto cada vez que Berta manifestaba ademanes inequívocamente masculinos. Entonces se llevaba el Montecristo a los labios como si quisiera pegarle un bocado y avivaba con ímpetu el ascua del cigarro. El rumiar de sus pensamientos siempre quedaba oculto tras una bocanada de humo blanco exhalada al desgaire. Berta contaba doce años cuando su padre por primera vez intuyó que el camino por él trazado en lo referente a su hija, pese a haber sido hilvanado con una precisión de cirujano, se borraría como tinta fresca bajo las lágrimas del primer aguacero.

—De los cinco hijos que me has dado, aun siendo tres de ellos varones de oro de ley, Berta es la que más cojones tiene —se sinceró un día Camilo con su esposa.

Con el ánimo de potenciar sus palabras, aplastó en el cenicero de metacrilato la colilla de un cigarro que había dejado flotando en el aire, a modo de vaporoso legado, una espesa fumarada.

—No seas ordinario —le reprendió Emilia—. ¿Cómo se te ocurre hablar así de tu propia hija?

—No lo digo con desdén; todo lo contrario. Berta llegará lejos, estoy convencido de que conseguirá todo aquello que se proponga. Me siento muy orgulloso de ella, te lo aseguro.

—¿De ella sola? —El tonillo de Emilia consiguió que Camilo arqueara las cejas y se removiera en su asiento.

—De ella y del resto de mis hijos, claro —apostilló con urgencia bajo la celosa mirada de su esposa—. Mujer, no querrás que me exprese igual que un erudito. Ya se sabe, a buen entendedor...

—El lenguaje es un arma cargada. Mide bien tus palabras si no quieres pegarte un tiro en el pie. Me parece mentira que a estas alturas sea yo la que tenga que aleccionarte sobre eso.

Aires de modernidad invadieron España a finales de los años setenta. Madrid se transformaba a plena luz del día, metamorfosis que se acentuaba sobre todo en horario nocturno, cuando definitivamente mudaba de piel y se transfiguraba en una urbe desinhibida, sin complejos, donde conductas de tendencia libertina, que Camilo solía definir con el eufemismo de rarezas, campaban a sus anchas sin necesidad de coartada. Al inicio de los ochenta, en las antípodas de la manera que el banquero tenía de concebir la vida, los fervientes seguidores de una doctrina a punto de ser instaurada enarbolaban una bandera cosida a puñaladas en cuya tela maltrecha podía leerse la palabra libertad, esa suerte de prerrogativa que faculta a cada ser humano para pensar y obrar atendiendo a su juicio, siendo al mismo tiempo responsable de sus actos.

Los domingos se estilaba comida familiar en casa del banquero. Las reglas del decoro y la beatería se revelaban insuficientes a la hora de doblegar a una tropa insurrecta compuesta por catorce críos que se asemejaban a la estampida de una manada de bisontes.

—La muerte de nuestro caudillo ha abierto la espita del gas —esgrimía el anfitrión sacando a flote su malhumor cada vez que era arrollado por la chiquillería capitaneada por Berta, a quien la adolescencia le había otorgado galones.

La comida era servida con diligencia por las dos mujeres que conformaban el personal de servicio de la casa, ambas ataviadas con uniforme y cofia. Tras vaciar el puchero y llenar prudentemente el buche, Camilo obsequiaba a los varones allí reunidos con Montecristos que cargaban el ambiente hasta alcanzar cotas perniciosas para la salud. Ninguna mujer se atrevía a recriminar nada al grupo contaminante, chimeneas que parloteaban sobre fútbol y para las que la

salud no constituía un tema importante. Como era de prever, en mitad de la neblina salían a relucir cuestiones de orden político, lo cual propiciaba que ciertas voces se alzaran en contra del rumbo que había tomado el país, en opinión de algunos un polvorín a punto de saltar por los aires, no en vano ellos mismos estaban dispuestos a prender la mecha. Algo parecido al colmo de un bombero pirómano.

—¿Lo ves, Camilo? Al final los rojos tomarán el poder sin pegar un solo tiro —aseveraba José Luis Galbis, hermano menor de Camilo y cabeza visible de un *holding* que administraba la propiedad de múltiples sociedades y compañías diseminadas a lo largo y ancho de la geografía nacional—. ¿Y a este estado de descomposición lo llaman democracia?... Menudo camelo. Tres años de guerra y casi un millón de muertos nos costó tomar las riendas de España para dirigir esta nave a buen puerto. A ver si tú, con tu singular perspicacia, me puedes explicar de qué nos ha servido semejante sacrificio. Cada vez que lo pienso se me pone una mala hostia... ¡Me cago en las autonomías, en el aperturismo y en Felipe González!

—Sosiégate, José Luis, no seas tremendista —expresaba Camilo con prudencia, haciendo de abogado del diablo con tal de apaciguar los exaltados ánimos de su hermano—. Los socialistas ni nacionalizarán la banca ni quemarán iglesias. Y si me apuras, apostarí a que ni siquiera nos sacarán de la OTAN. Los políticos de hoy en día no quieren cambiar el mundo, solo ambicionan gozar de poder y vivir como nosotros. Ten siempre presente la paradoja de Giuseppe Tomasi di Lampedusa: «Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie».

—No me vengas con zarandajas y escucha con atención lo que te digo: ojalá se fragüe pronto otra guerra y podamos mandar a esta caterva de degenerados al mismísimo infierno, que es el lugar al que pertenecen.

—No digas eso ni en broma —reprendió con gesto ceñudo la abuela Eulalia a su hijo—. La guerra es mala incluso para los que la ganan. Te aseguro, por experiencia, que sé bien de lo que hablo.

De este modo, a lo largo de la sobremesa, el desencanto y el pesimismo arraigaban en las mentes de quienes creían haber perdido las bridas de la patria. Caras largas, cigarros a media asta, la pena prendida de algún hondo suspiro y

sombras de derrota en la mirada. Por suerte para algunos, la vida es un territorio vasto y lleno de contrastes, véanse como prueba las sonrisas engarzadas en los rostros luminosos que lucían las criaturas que correteaban por el jardín dejando tras de sí una estela de risas y alharacas. Por mucho que le pesara a José Luis Galbis, en la felicidad exteriorizada por la pandilla entreverada de infancia y adolescencia se auguraba un futuro mucho menos incierto que el dibujado con tintes apocalípticos por los adeptos a un régimen finiquitado.

«Los años habían acelerado el paso como si hubieran sido arrastrados por una ventolera», pensó Camilo al estrenar los cincuenta. En corto espacio de tiempo despunta el abdomen, se empieza a peinar canas y los hijos se desconocen, mozalbetes en efervescencia hormonal y con la cara llena de granos sustituyen a los niños que no mucho antes se agarraban con fuerza a las perneras de tu pantalón. Al asomarse la vejez por el rabillo del ojo, Camilo maldijo por primera vez el paso apresurado de los años, mas de nada le sirvió renegar de los sueños postergados que como fantasías de juventud todavía dormitaban en su regazo.

El 26 de junio de 1980 Berta sopló una tarta en la que flameaban diecinueve velas. Una bella joven, morena y espigada, había suplantado a la escuálida niña que apenas unos años antes era un nervioso saco de huesos. Era el momento de tomar decisiones, de diseñar el futuro, por lo que semanas más tarde Berta comunicó a su padre su deseo de estudiar Historia del Arte y su interés por hacerlo en Florencia.

—De modo que te decantas por la docencia —malentendió Camilo.

—En absoluto —respondió Berta esbozando la seductora sonrisa que solía desarmar a su padre—. No me atrae lo más mínimo impartir clase a adolescentes. Sería como librar una guerra diaria.

—¿Entonces?...

—Me gusta el arte, eso es todo. Mantener un diálogo íntimo con cualquier tipo de manifestación artística me resulta una experiencia tan estimulante como enriquecedora, supongo que estarás de acuerdo conmigo.

—Te comprendo a la perfección —asintió Camilo—. Si a mí me quitaran el fútbol y lo toros...